

# Tan lejos, estando tan cerca: el epistolario entre Max Aub y Vicente Aleixandre

## *Faraway, so close: correspondence between Max Aub and Vicente Aleixandre*

---

JAVIER SÁNCHEZ ZAPATERO

Departamento de Lengua Española. Facultad de Filología  
Universidad de Salamanca  
Plaza de Anaya, s/n. Salamanca, 37008  
zapa@usal.es

RECIBIDO: 6 DE NOVIEMBRE DE 2013  
ACEPTACIÓN DEFINITIVA: 21 DE ENERO DE 2014

**Resumen:** El artículo analiza la correspondencia postal que, entre 1958 y 1971, mantuvieron Max Aub y Vicente Aleixandre. Además de reflejar los principales temas del epistolario (proyectos comunes, valoración que cada autor hace de la obra del otro, confesiones personales, reflexiones sobre literatura y escritores, etc.), el artículo enfatiza la importancia de la comunicación privada como espacio de diálogo intelectual entre la España del interior y la del exilio durante la dictadura.

**Palabras clave:** Max Aub. Vicente Aleixandre. Literatura Española. Siglo XX. Literatura epistolar.

**Abstract:** The paper is based on original archival work and, as such, brings into view correspondence between Max Aub and Vicente Aleixandre (1958-1971). The focus is on their personal relationship as well as on moments of collaboration. The paper studies how these letters demonstrate that there was communication between Spanish writers who went into exile and those who remained in Spain after the Civil War.

**Keywords:** Max Aub. Vicente Aleixandre. Spanish Literature. 20th Century. Epistles.

El epistolario entre Max Aub y Vicente Aleixandre consta de 64 documentos, procedentes de la correspondencia postal que ambos autores mantuvieron entre 1958 y 1971. A pesar de su condición de “prolífico corresponsal” (Emiliozzi 9), Aleixandre no conservó casi ninguna de las miles de cartas que se intercambiaron a lo largo de su vida, por lo que la posibilidad de leer en la actualidad el epistolario entre ambos autores se debe a la minuciosidad con la que Aub guardó copia de prácticamente todo lo que envió y recibió desde que se estableció en el exilio mexicano en 1945.<sup>1</sup> En la actualidad, sus misivas están almacenadas en el archivo de la Fundación Max Aub, que atesora más de diez mil documentos epistolares.<sup>2</sup>

Al trascender su condición primigenia de relación interpersonal, las cartas que Aub y Aleixandre se intercambiaron pueden ser incluidas dentro de la categoría de “cartas traicionadas” con la que Pedro Salinas (49) se refirió a aquellos textos postales que, a pesar de haber nacido en el contexto de una comunicación íntima dentro de la esfera privada, terminan por tener una difusión pública. Aprovechando que la variedad temática y la ausencia de encorsetamientos formales hacen de la carta un género autobiográfico especialmente predispuesto a mostrar las diversas y subjetivas caras que forman la identidad del ser humano, el epistolario se convierte en un inmenso documento que permite ahondar tanto en el estudio de la personalidad y la poética de Max Aub y Vicente Aleixandre como en las circunstancias que rodearon la literatura española –tanto la del interior como la del exilio– en la década de 1960. Así, la preservación de los epistolarios aubianos ha permitido que los estudiosos de la literatura dispongan de una fuente alternativa de información de sumo interés para profundizar en la vida y la obra del escritor y sus interlocutores:

Los epistolarios han facilitado a lo largo de la historia literaria nuestro conocimiento del autor, de su obra y de su circunstancia. Cartas escritas sin una intención declaradamente literaria, cartas enviadas para servir de comunicación, incluso reducidas al ambiente de lo entrañablemente familiar, se convierten, con el paso del tiempo, y sobre todo debido a la categoría de los firmantes, en documentos insustituibles que nos ayudan a mejor conocer la obra del autor preferido y de sus amigos, en muchas ocasiones también escritores. (Díez de Revenga 11)

\*

Junto a Dámaso Alonso, fue Vicente Aleixandre el poeta del grupo del 27 que de forma más intensa y constante estuvo en contacto epistolar con Max Aub.<sup>3</sup> Xelo Candel (238), de hecho, ha llegado a afirmar que “sorprende especialmente por su calidez la relación epistolar que [Aub] mantuvo con Aleixandre”. Semejante sorpresa se incrementa si se tiene en cuenta que la suya fue una amistad extraña y tardía, pues los dos autores no se conocieron personalmente hasta 1969, cuando Aub regresó de forma eventual a España. Jamás coincidieron en ningún acto público ni tertulia en la época prebélica, quizás por el constante retiro al que hubo de someterse Aleixandre por su delicada salud –de la que, por cierto, se queja constantemente en sus cartas–, y su relación después del final de la guerra no se inició hasta finales de la década de 1950, gracias a la intermediación de Carlos Bousoño. El 3 noviembre de 1957, Bousoño escribió a Aub para agradecerle la atención prestada a su obra en el ensayo *Una nueva poesía española (1950-1955)*, algunos de cuyos fragmentos habían ido apareciendo desde 1956 en la revista *Ideas de México* bajo el título “Algunos poetas españoles”. Sin embargo, a pesar de que en la carta admite que “la selección y los comentarios” le parecen “muy acertados” (FMA caja 3, 1, 2a)<sup>4</sup> y que en la obra se recogen “algunas verdades que era necesario proclamar sobre la poesía española de hoy” (FMA caja 3, 1, 2b), Bousoño se permite reprochar al autor la ausencia de referencias a Vicente Aleixandre, cuya poesía estudió en su tesis doctoral:

Usted me permitirá que le indique un único punto en el que acaso no esté informado con exactitud. Se trata de Vicente Aleixandre, cuya figura me parece insoslayable en cualquier visión de la poesía española de los últimos años. Desde cualquier punto de vista,<sup>5</sup> su obra, de tan honda repercusión y de tanta significación, a mi entender, ha de ser representada. Yo creo que en este caso concreto, no se ha fijado usted del todo en algunos aspectos de su personalidad; personalidad, que por otra, ha mantenido, a lo largo de todos estos años, una actitud siempre limpia. Me pregunto si tal vez usted desconoce poemas como el titulado “En la muerte de Miguel Hernández”, y las semblanzas en prosa sobre algunos de los poetas que usted subraya, tales como las del mismo Miguel Hernández (mutilada por la censura) o sobre Blas de Otero o Celaya. (FMA caja 3, 1, 2a y 2b)

En su contestación, Aub muestra en primer lugar su satisfacción por haber podido entablar correspondencia epistolar con uno de los jóvenes creadores de la España del interior –Bousoño tenía por aquel entonces 34 años–, la misma que sintió al cartearse con Victoriano Crémer, Alfonso Sastre o Ana María Matute: “No sabe usted cuanto me ha alegrado su carta [...]. Tener noticias vuestras es siempre para mí fuente de alegría, porque, aunque no lo crea, lo tengo en mucho” (FMA caja 3, 1, 3. 26 de diciembre de 1957). Más adelante, justifica la ausencia de reflexiones sobre Aleixandre en su libro y, de forma vehemente, niega la ignorancia sobre su poesía de la que veladamente parece acusarlo Bousoño en su carta:

Acúseme de lo que quiera pero no de desconocer la poesía de Vicente Aleixandre ni menos de su repercusión en la obra de tantos poetas. Ahora bien, no creo que ésta haya sido de notar en el aspecto que me interesaba recalcar. Un estudio de la actual poesía, considerada como tal, habrá de otorgarle la primacía en cuanto a la influencia literaria. Referente a su actitud, siendo quien es, no podía haber sido otra que la muy decente y decorosa que ha mantenido durante toda su vida. (FMA caja 3, 1, 3. 26 de diciembre de 1957)

Aub finaliza la misiva admitiendo no conocer personalmente a Aleixandre y solicitando a Bousoño que haga de intermediario entre ambos:

Cosa curiosa [...]. De mi generación creo que es el único con quien jamás crucé palabra. Todos mis amigos son los suyos, algunos tan entrañables como Dámaso. Si le ve, dígame que soy su amigo y que me gustaría mucho tener, no mutilada, su semblanza sobre Miguel Hernández. (FMA caja 3, 1, 3. 26 de diciembre de 1957)

Sólo dos meses después de la petición se recibía en la calle Euclides, donde el autor exiliado tenía fijada su residencia en México D. F., una carta de Vicente Aleixandre, la primera de un largo epistolario que se prolongaría hasta 1971, en la que se abordan dos de las cuestiones ya tratadas entre Aub y Bousoño. Por un lado, el poeta incide en lo sorprendente que resulta que dos autores conectados generacional y culturalmente, y con muchos amigos, influencias y referencia comunes, no se hayan conocido personalmente todavía. Por otro, muestra su predisposición a enviarle la citada semblanza sobre Miguel Her-

nández, así como otras sobre Blas de Otero o Gabriel Celaya. A partir de esta primera carta, llena de afecto y en la que Aleixandre se despide identificándose como “amigo y compañero” (FMA caja 1, 14, 1. 20 de febrero de 1958), a través del contacto epistolar va generándose una amistad que terminaría por ser de las más sinceras y fructíferas de las que desarrolló desde el exilio Aub, quien llegó a un inusitado nivel de complicidad con su interlocutor: “En verdad creo que me conoces mejor que cualquier que me haya visto la cara” (FMA caja 1, 14, 25. 12 de diciembre de 1961), llegó a escribirle. En parecidos términos se refirió Aleixandre, que llegó a definir su epistolario como “una forma estupenda de recuperar el tiempo perdido” (FMA caja 1, 14, 6. 2 de abril de 1958) y que incluso dedicó a su amigo uno de los poemas de *En un vasto dominio* en 1962: “En la ciudad (Max Aub)”.

Las muestras de cariño entre ambos, de hecho, comenzaron en las misivas iniciales. Mientras que el escritor exiliado aseguraba en la primera carta que mandó a Aleixandre haber tenido siempre en mente a los españoles del interior a la hora de componer su literatura –“¡Qué absurdo, tan lejos, estando tan cerca! No he escrito una línea [...], no escribí una línea que no fuera para vosotros!” (FMA caja 1, 14, 2. 26 de febrero de 1958)–, el poeta del 27 aseguraba en su contestación haber estado siempre atento, en la medida de sus posibilidades, a la obra que Max Aub y sus compañeros de destierro habían ido gestando –“Usted escribiendo para mí y yo leyendo todo lo que usted escribía”<sup>6</sup> (FMA caja 1, 14, 3. 7 de marzo de 1958)–. Evidentemente, este torrente de afecto desembocó en el deseo del reencuentro, explicitado con frecuencia por Aub en sus cartas. “Qué maravilloso sería vernos” (FMA caja 1, 14, 7. 8 de abril de 1958), “¡Cuándo charlaremos sobre nuestro cielo...!” (FMA caja 1, 14, 8. 29 de abril de 1958), “Lo que más quisiera es andar contigo, despacio, callar en Madrid” (FMA caja 1, 14, 9. 28 de mayo de 1958) o “Desgraciadamente, han vuelto a negarme el visado para ir a abrazarte. ¿No podéis hacer algo para que esta situación acabe y podamos charlar como corresponde?” (FMA caja 1, 14, 32. 12 de julio de 1963) fueron algunas de las expresiones utilizadas por el escritor para mostrar su esperanza de conocer personalmente a su amigo y de, evidentemente, regresar a España y cumplimentar así el recurrente deseo que marcó su exilio. El encuentro finalmente fue posible el 30 de septiembre de 1969. Once años después del inicio de su comunicación postal pudieron por fin coincidir y poner cuerpo y voz a quien durante tiempo no había sido más que una firma amiga al otro lado del océano, tal y como Aub relató en una entrada de *La gallina ciega*, el desencantado diario que escribió relatando su eventual regreso a España:

Vicente.

No creí jamás cumplir mi palabra. “Y un día me verás entrar por Velintonia, 3 [domicilio madrileño de Aleixandre]”. Y llegué, con José Luis [Cano] de la mano, al Parque Metropolitano (¿Qué Parque?, ¿Qué Metropolitano?), unas calles bastante intrincadas, con banderas puestas en medio, como para una verbena (o para advertir al menos sabio que por allí vive Vicente). [...] Una casa sola, una casa triste, de color triste. No corresponde la casa a la poesía de su dueño. Tú, sí. Eres como ella.

Nunca había visto a Vicente. La gente iba a ver a Vicente y yo no solía – ni suelo– ir a donde va. Como tampoco conocía a Juan Ramón: había que ir a verle. Soy hombre de encuentros. Veo con quien doy o encuentro. Pero ahora sí iba, a ojos cerrados, a ver a Vicente. Porque nunca perdimos ni perderemos a España del todo mientras viva Vicente Aleixandre, en Velintonia, 3. [...]

No hay novedad. Es como es y como debía ser, como fue. No son fotografías tuyas las que faltan. Un poco más delgado quizás de lo que en ellas aparece. Pero tan suave, tan fino [...], tan un poco triste, tan encerrado –también en el sentido de la puerta abierta cuando se quiera–, tan delicado, tan inteligente, tan de cristal como suponía.

Es el único ser con quien jamás se me ocurriría hablar de política por la sencilla razón de que no hace falta hacerlo. Tuvo una posición y la mantuvo, siempre sonriente porque todo fue malo. No hay más. Es el poeta español que menos ha variado: siempre fue bueno. Lo que no quiere decir que, a veces, sea mejor. Ahí queda. Es un poeta de antología, con lo que quiero decir que es el poeta cuya antología es la más difícil de hacer. Un río tranquilo, un río sonrosado, un río todavía, rubio, lento.

La casa es sencilla como no puede serlo más, en absoluta contradicción con su obra. Un sofá verde, de molesquine, como decíamos antes. Hablamos a media voz sin necesidad alguna. Me siento como si hubiera estado allí toda mi vida; como si hubiese venido ayer, como si hubiese de volver mañana. Tal vez yo sea Vicente. [...]

Nos recibe acostado (necesidad y coquetería). Luego, con la noche, de pie, tiene muy buen aspecto para sus 71 años. Tan elegante como se le supone. Y el corazón en la mano. (Aub 2003, 322-24)

Sin embargo, la sensación que a ambos autores dejó el ansiado retorno de Aub fue de cierta frustración, ya que su encuentro no dejó de ser un hecho puntual

que no impidió que pronto volvieran a estar separados. Así lo manifestó, por ejemplo, Aleixandre, quien en una de las primeras cartas escritas después del regreso y del consecuente encuentro, escribía a Aub con melancolía y añoranza que su presencia en España “traía frescura y lección” (FMA caja 1, 14, 60. 28 de septiembre de 1970). Análogas palabras utilizó Aub para explicar cómo el viaje no había hecho sino reforzar la nostalgia y, sobre todo, la pena por no poder disfrutar a diario de los amigos que, como Aleixandre, había dejado en el interior del país:<sup>7</sup>

Hace un mes que tengo frente a mí tu carta para contestarte. No creas que no lo he hecho antes por otro motivo más que por el gusto de tener tu letra frente a mí. Te lo juro. Terminé el libro sobre España. En él te verás. Difícil retrato. Difícil expresar los sentimientos que despertaron el estar contigo, en Madrid, y más difícil todavía los deseos de volver a estarlo. (FMA caja 1, 14, 61. 29 de octubre de 1970)

Gracias al constante intercambio de cartas, los dos escritores dispusieron de información de lo que acontecía en España y México, y, sobre todo, del devenir de los autores instalados en uno y otro país. Aleixandre siempre fue muy parco y reservado, y nunca se refirió en sus cartas a la situación política o cultural del interior del país. Sus menciones sobre lo ocurrido en España siempre pertenecieron al ámbito de su privacidad, al relatar anécdotas vividas en compañía de amigos comunes como Dámaso Alonso o Gerardo Diego, o al expresar su tristeza por el fallecimiento de Manuel Altolaguirre. El 9 de junio de 1959 Aleixandre informaba a Aub de la proximidad de la visita del poeta malagueño, que iba a desplazarse a España para presentar su película *Cantar de los cantares* en el Festival de San Sebastián: “Me escribe Manolo [Altolaguirre], que viene en julio, en viaje. Ha sido una gran alegría. No le veo desde 1950” (FMA caja 1, 14, 15). En la siguiente misiva enviada por el poeta, fechada el 20 de agosto, se informa del fatal accidente de tráfico que acabó con la vida del autor y de su pareja, María Luisa Gómez Mena, producido antes de que tuviese lugar el ansiado reencuentro:

Ya ves cómo hemos perdido a Manolo, a Manolito [...]. Entraron por Francia, estuvieron en San Sebastián, en un festival de cine; luego, rumbo al sur, con un coche que habían comprado en Francia, y a la altura de Burgos, el vuelco. Ella murió enseguida, él horas después, con todo su

conocimiento. Es horrible. Están enterrados, los dos, en el cementerio de San Justo, una vieja sacramental, en el silencio del campo, junto al río Manzanares. ¿Qué decir, Max? Yo aún no he levantado cabeza. Aún no lo creo cuando cierro los ojos. Toda una vida he enterrado. En su boda con Concha [Méndez] yo no estuve. Me hallaba gravemente enfermo en cama, pero ellos dos vinieron desde la iglesia a mi casa a verme. No lo olvido nunca. Pero con Manolito nada se olvidaba nunca, el mismo hasta que cerró sus ojos. Ahí le tuvisteis siempre. Yo aquí, de otro modo, no dejé de tenerle nunca [...]. Cada vez somos menos. Pero siempre creí que Manolito viviría más que ninguno, y me alegraba.<sup>8</sup> (FMA caja 1, 14, 17)

Aub, por su parte, informó a su interlocutor de la situación de muchos de sus compañeros de destierro, al tiempo que dedicó varias de sus cartas a exponer la situación cultural del país norteamericano y la difícil integración que en él estaba llevando el colectivo exiliado. En sus cartas escribió, por ejemplo, sobre el delicado estado de salud de León Felipe<sup>9</sup> o sobre el fallecimiento de Juan José Domenchina.<sup>10</sup> No obstante, la noticia que más impactó a Aleixandre fue la de la muerte de su íntimo amigo Emilio Prados, acaecida en México el 24 de abril de 1962. Solo cuatro días después del fallecimiento, el poeta, destrozado, escribió a Aub para pedirle que le explicara las circunstancias y los detalles:

Estoy desolado. Ayer he recibido un radio desde ahí diciéndome [que] ha muerto Emilio. [...] Me he quedado deshecho. Emilio era para mí mi único amigo de la niñez, desde el colegio malagueño. Nos tratábamos como hermanos, y él era el mismo, pues el tiempo con él no contaba nunca [...]. Estoy deseando saber algo, conocer cómo ha sido todo, y cuál ha sido el tristísimo fin. Pobre amigo del corazón, corazón el suyo incomparable, bondad como la de nadie. Siempre sospeché que no volveríamos a vernos, pero nunca creí que se muriese antes que yo.<sup>11</sup> (FMA caja 1, 14, 26)

En su respuesta, Aub relató los últimos días de vida de Prados, detallando los problemas de salud que terminaron por provocarle la muerte:

Hace un mes tuvo una hemoptisis de la que salió bien. Tan bien que la mañana de su muerte llamó para decir que iba a salir a la calle. Media



hora después le atenazó una trombosis, perdió el conocimiento y a las 11 estaba muerto. Sus últimas palabras fueron para mandar llamar al Doctor Puche, que lo atendía desde hacía años y a Gallegos Rocafull [sacerdote]. Llegó éste en sus últimos conocimientos, ya perdido el conocimiento. Puche sólo pudo certificar la defunción. Ya estaba allí otro médico de la vecindad que no pudo hacer nada. No sufrió ni murió de lo que esperaba [Prados sufría un problema pulmonar crónico desde niño]. Eso sí, los pocos momentos en que conservó clara su conciencia, se dio cuenta de que se moría. Seguramente por eso pidió la presencia de Gallegos Rocafull. Muerto, era otro. Jamás he visto persona tan distinta y es que era toda vida, expresión. En sus continuas quejas acerca de sus enfermedades, ciertas e inventadas, seguía siendo alegría y donaire. Desaparecida la vida, distendidos los músculos de la cara, ya no era él, en absoluto. Otro. Vinieron todos al entierro, multitud de sus alumnos, que él conservaba en su memoria que era todo corazón. Se ha ido el mejor de nosotros. El mejor, en todas sus acepciones. Fue siempre el mismo”.<sup>12</sup> (FMA caja 1, 14, 27a y 27b. 4 de mayo de 1962)

La frustrante decepción con la que fue acogiendo todos y cada uno de los fallecimientos de los amigos y compañeros de profesión exiliados fue una de las constantes de la vida de Aub en su destierro mexicano. Además de por el lógico sentimiento de desolación inherente a toda muerte de un ser querido, su reacción parecía estar provocada por el hecho de que, a medida que iban muriendo, se hacía más patente la imposibilidad de volver a disfrutar con ellos de una vida de convivencia pacífica en España. Asimismo, con su pérdida se incrementaba la dificultad de la tarea autoimpuesta por los exiliados de mantener con vida el proyecto republicano y de mostrar una versión histórica contraria a la ofrecida por Franco. Si morir es siempre abrir la puerta al olvido, mucho más lo es morir en el exilio, como enfatizó el autor al dar cuenta en su diario, de la muerte de Esteban Salazar Chapela –“¿qué quedará de esa excelente persona, periodista honrado, honrado prosista, autor de un par de novelas honorables que vivió con honra?” (Aub 1998, 359)– o de la de Paulino Masip –“murió de pena, olvidándose –queriendo olvidarse– del mundo; viéndose olvidado– (Aub 1998, 344).<sup>13</sup> En la actitud de Aub se mezclaban tanto la fidelidad a la memoria de la herencia republicana como la tristeza que suponía enterrar a sus compañeros de exilio lejos del país que les vio nacer. El recuerdo de los autores citados, junto al de Juan Chabás, José Moreno Villa,

Arturo Barea, Luis Cernuda, León Felipe o José Gaos, llena las páginas de los diarios y los epistolarios aubianos, convertidos, según Manuel Aznar Soler (1998, 28), en un “recuento de cadáveres”.

Pero no sólo sobre sus relaciones personales versó el epistolario. En las cartas que los dos escritores fueron cruzándose aparecen también numerosas reflexiones sobre literatura, tal y como ha analizado Xelo Candel (239-48). De hecho, teniendo en cuenta que ambos se iban enviando de forma puntual las obras que iban publicando, es posible interpretar su correspondencia como una breve y recíproca muestra de crítica literaria. Aleixandre muestra en sus cartas de forma habitual la admiración que le produce comprobar el elevadísimo ritmo de escritura y publicación de Aub —“tu fertilidad es ejemplar” (FMA caja 1, 14, 21), le escribe el 6 de marzo de 1960; “eres un brote continuo” (FMA caja 1, 14, 23), insiste en una misiva fechada el 23 de septiembre de ese mismo año—, y valora de forma positiva cada una de las obras que recibe de su amigo e interlocutor. Sobre *Jusep Torres Campalans*, por ejemplo, afirma que “es un libro formidable [...] sorprendente, único, [...] una aventura única” (FMA caja 1, 14, 13. 6 de octubre de 1968); mientras que de *Cuentos mexicanos* destaca su “energía” y el hecho de que cada relato “es un estallido o su amenazante inminencia” (FMA caja 1, 14, 21. 6 de marzo de 1960). Por otro lado, *Antología Traducida* es definido como un “libro sabrosísimo” (FMA caja 1, 14, 30. 3 de julio de 1963) y, aludiendo a su vinculación con la poética de lo falso tan practicada por el autor, como una “ciudad entera burbujeante de Campalans” (FMA caja 1, 14, 31. 8 de julio de 1963); de las obras teatrales en un acto dice que son “un rayo” por la “energía” que desprenden (FMA caja 1, 14, 23. 6 de marzo de 1960); *Geografía* “sorprende, porque está escrita con brío [...] en medio de otra estética” (FMA caja 1, 14, 46. 17 de septiembre de 1964); *Hablo como hombre* “es una conciencia puesta en pie” (FMA caja 1, 14, 56. 19 de octubre de 1967); *Campo de los almendros* tiene “un aliento trágico” (FMA caja 1, 14, 57. 10 de septiembre de 1968); y *La calle de Valverde* es, según Aleixandre, una “notable novela” (FMA caja 1, 14, 46. 17 de septiembre de 1964). Pero, sin duda, la obra que más le impactó fue *Diario de Djelfa*, a la que llegó a describir como “puro horror transformado en poesía” e incluso como “una de las cosas más desgarradoras” (FMA caja 1, 14, 63. 13 de junio de 1971) que había leído en su vida.

Otras veces, es Aub el que valora la obra de su amigo, al que siempre consideró uno de los más influyentes autores de toda la poesía española del siglo XX. Especialmente significativas fueron las palabras que dedicó a *En un vasto dominio*, el poemario que Aleixandre publicó en 1962 y que le valió

el Premio Nacional de la Crítica. En una de las pocas cartas manuscritas de Aub, que acostumbraba a dictar a su secretaria para que mecanografiase sus palabras, se evidencia el impacto que le produjo la obra:

Desde que recibí *En un vasto dominio* te quería escribir. No lo hice porque estuve enfermo –a pesar de tu libro, presente (todo es presente), regalo como no hay otro. [...]

Toda España –la que vivimos– está en tu libro, tu libro mayor, en el que has apuntado como nadie, el deber y el haber (que es todo deber o haber. Ya a nuestra edad lo que tenemos lo debemos). [...] Lope y Cervantes están ahí, guardándote las espaldas; libre, encadenado y libre estás, con tus guardaespaldas pintados por Velázquez. [...]. Supiste, como Velázquez, guardar las distancias: arte supremo, lo cercano a mano, lo lejos sólo para la vista: “Inmerso en tiempo está el espacio”. (FMA caja 1, 14, 29. Carta no datada, escrita entre marzo y junio de 1963)

\*

Desde las primeras cartas surgió el interés por colaborar de forma conjunta en proyectos comunes. Semejante intención, con la que los autores parecían querer trascender la separación física a la que estaban condenados y demostrar que el diálogo intelectual y artístico entre la España del exilio y la del interior podía seguir siendo posible, se materializó en la inclusión de textos de Aleixandre en revistas mexicanas como *Cuadernos Americanos* o *Revista de la Universidad de México*, en las que habitualmente colaboraba Aub, o en la publicación en *Excelsior* y en *Ínsula* de la reseña que hizo de *Jusep Torres Campalans*.<sup>14</sup>

Pero, sin duda, la colaboración más fructífera entre los dos autores fue la que les llevó a participar juntos en *Los Sesenta*,<sup>15</sup> revista ideada por Max Aub con la intención de recoger textos –fundamentalmente poéticos– de autores que hubieran superado la frontera de los sesenta años. Entre 1964 y 1965 se publicaron cinco números, en los que, además de Aub y Aleixandre, participaron autores como Rafael Alberti, Dámaso Alonso, Bernardo Giner de los Ríos, Jorge Guillén, Carlos Pellicer, Julio Torri o Xavier Villaurrutia. La nómina de escritores que tuvieron cabida en la revista expone de forma sintomática las intenciones que llevaron a su creación. Acoger a autores exiliados evidenciaba la siempre presente voluntad aubiana de dar voz a un colectivo destinado a la marginación y al silencio por el poder franquista, mientras que

unirlos en un mismo proyecto editorial con escritores que permanecían en España, como Alonso o Aleixandre –que definió la iniciativa como una forma de “recuperación del tiempo perdido” (FMA caja 1, 14, 6. 2 de abril de 1958)–, demostraba su intención de no perder los vínculos con su generación. Se trataba, por tanto, de una forma de responder a la dispersión y a la separación a las que el régimen franquista había condenado a las generaciones literarias surgidas en las décadas de 1920 y 1930.<sup>16</sup> Así lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que Aub escribiese a Aleixandre que “entre otras cosas, lo mejor de la revista” era que tendrían que escribirse “con frecuencia” (FMA caja 1, 14, 38. 4 de octubre de 1963).

La primera mención a la revista detectada en el epistolario data del 26 de febrero de 1958, tres años antes de la publicación del primer número, y se encuentra en una carta enviada a Vicente Aleixandre en la que Aub plantea un proyecto, aun sin título, con características análogas a las que posteriormente tendría *Los Sesenta*:

¿Por qué no hacemos una revista –in memoriam- usted, Dámaso [Alonso], Gerardo [Diego], Manolo [Altolaguirre], Rafael [Alberti], Emilio [Prados], Luis [Cernuda], León [Felipe], para nosotros? Allí o aquí. Sin crítica y no hacerla para que vaya viviendo mejor o peor: contentándonos con hacer, anunciándolo, dos o tres números. Se me ocurre ahora, al escribirle. ¿Por qué no? (FMA caja 1, 14, 2)

Aleixandre acepta la proposición, a la que califica como “gran idea” (FMA caja 1, 14, 3. 7 de marzo de 1958), asumiendo que sería mejor editarla fuera de España para evitar dificultades con la censura y sumando el nombre de Jorge Guillén a los propuestos por Aub. Similar al entusiasmo mostrado por el poeta sevillano fue el mostrado por otros autores como Juan José Domenchina, Ernestina de Champourcín o Emilio Prados, quien llegó a sugerir que la revista se compusiese utilizando la misma tipografía que se usó para *Litoral*, evidenciando así el carácter continuista que pretendía tener respecto a la cultura española prebélica. A pesar de que llegaron a barajarse títulos –*In memoriam*, *Sed* y *Veinte años después*– y listados de colaboradores –Juan José Domenchina, Ernestina de Champourcín, Emilio Prados, Guillermo de Torre, José Bergamín, etc.–, el proyecto pareció desvanecerse. Sin embargo, cinco años más tarde se reactivó, en el contexto, de nuevo, del epistolario Aub-Aleixandre, en una carta fechada el 3 de agosto de 1963:

Ahora, una idea: ¿qué te parece que hagamos una revista, titulada *Los Sesenta*, hecha por ti, Dámaso [Alonso], Rafael [Alberti], Jorge [Guillén] y yo, y en la que sólo puedan colaborar quien haya pasado [sic] de los sesenta? Una revista del tipo de lo que fueron *Mesures* o *Commerce*. Es decir, sin notas críticas, puros textos de creación, memorias o los que nos dé la gana, no diré para dejar boquiabiertos a los jóvenes pero casi. Yo la haría imprimir aquí. Tengo la idea de que ni perderíamos dinero. Contéstame enseguida, háblale a Dámaso, y si estás de acuerdo, mándame ya textos. Evidentemente, la revista estaría abierta a nuestros amigos sesentones de todo el mundo. (FMA caja 1, 14, 34)

Una vez recibido el visto bueno de Aleixandre –“gran idea, y sorprendente” (FMA caja 1, 14, 38. 4 de octubre de 1963)–<sup>17</sup>, la actividad epistolar de Max Aub se centró en solicitar colaboraciones de escritores para la publicación: José Bergamín, Sebastián V. Foix, Juan Larrea, José F. Montesinos, Ramón J. Sender, Guillermo de Torre, etc. También contactó con Francisco García Lorca y con Francisco H. Pinzón Jiménez para pedir textos inéditos de, respectivamente, Federico García Lorca y Juan Ramón Jiménez. Aleixandre, por su parte, transmitió la iniciativa, y la invitación a participar en ella, a Gerardo Diego, Jorge Guillén<sup>18</sup> o Dámaso Alonso –“estoy a tu disposición” (FMA caja 1, 16, 8. 2 de octubre de 1963), escribió directamente a Aub tras saber del proyecto–. No todas las respuestas fueron tan entusiastas como la de Alonso y, de hecho, hubo excepciones que hicieron que el éxito de la convocatoria no fuera absoluto. José Bergamín, por ejemplo, expuso su negativa a participar en el proyecto:

Que no quiera colaborar en *Los Sesenta* –y no por tenerlos muy pasados (serán a fin de este año 68)– sino porque me repugna hacerlo –te lo digo con toda sinceridad– al lado de esos dos académicos de la Real (realísimo contubernio, complicidad y cobardía) que son aquí Vicente y Dámaso, ex-amigos. Si vinieras a España, lo comprenderías y sentirías, creo, como yo. (FMA caja 2, 23, 3. 20 de agosto de 1963)

Aunque Max Aub intentó convencerle –“comprendo tu posición, comprende la mía, desde aquí. De todos modos, creo que podrías colaborar en la revista, teniendo en cuenta que será puramente literaria y que podrás publicar lo que te dé la gana” (FMA caja 2, 23, 4. 14 de septiembre de 1963)–,<sup>19</sup> sus esfuerzos

fueron infructuosos. No ocurrió lo mismo con Antonio Espina, quien mostró su predisposición a colaborar en *Los Sesenta* a pesar de referirse a algunos de los escritores que participaban en la revista en términos muy parecidos a los de Bergamín:

[Aleixandre y Alonso] son de los bienvistas del régimen, pese a sus calculados pequeños detalles de color rosa, nunca rojos. Son dos apocáticos, incapaces desde luego, de hacer nada por nadie de nuestra cuerda [...]. Yo sigo manteniéndome a honesta distancia de ellos. (FMA caja 4, 38, 2. 8 de agosto de 1965)

Aub, que ya en una carta previa había explicado a Espina –instalado en el exilio interior tras su vuelta de México en 1960– que era quien establecía el contacto por la “flojera” (FMA caja 4, 38, 1. 21 de julio de 1965) de los colaboradores de la revista que residían en España –temerosos de las repercusiones que pudiera tener que les relacionaran con alguien tan marcado políticamente como Espina–, contestó dándole la razón y coincidiendo con él en sus apreciaciones sobre Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre:

Estoy completamente de acuerdo contigo en cuanto a la apreciación que haces de mis sedicentes codirectores Dámaso y Vicente, sobre todo referente al primero. Son unos cagados de miedo incapaces de decirme que no ni a mí mismo. Dejando aparte que Vicente es una bellísima persona y ha escrito y publicado, medio a escondidas, un precioso poema para mí.<sup>20</sup> (FMA caja 4, 38, 3. 16 de agosto de 1965)

Aunque Aub, pese a todo, siempre respetó la silente actitud de Aleixandre –no en vano, llegó a afirmar en *La gallina ciega* que el poeta era “el único ser con el que jamás se [le] ocurriría hablar de política” (2003, 324)–, volvió a referirse en términos críticos al poeta en 1965, cuando le pidió información sobre el paradero exacto de Miguel Hernández durante los últimos de la Guerra Civil,<sup>21</sup> con el fin de incluir alguna referencia en *Campo de los almendros*, novela en cuya gestación estaba entonces inmerso:

Trabajo en la novela de Alicante, es decir de los últimos días de marzo de 1939. ¿Dónde estaba Miguel Hernández? Sé que fue a Orihuela los primeros días de abril. ¿De dónde venía? ¿De Madrid? ¿De Valencia?, aban-

donando el tiro de *El hombre acecha*. No lo sé. No lo sabe nadie. Quizá tú. Y quiero sacar a Miguel en la novela. Lo haré de todas maneras, pero quisiera, como siempre, atenerme a la verdad. Si salió de Madrid después del golpe de Casado, ¿fue hacia Levante en coche, en camión, a pie? Dime lo que sepas, si sabes. (FMA caja 1, 14, 50. 23 de septiembre de 1965)

Espero lo que puedas saber de Miguel. Según otras noticias, estaba en el frente de Andalucía y de ahí, supongo, se fue a Alicante y a Orihuela antes de volver a Sevilla y a Huelva. (FMA caja 1, 14, 52. 7 de octubre de 1965)

Tras un mes recopilando datos, contactando con los familiares de Miguel Hernández y contrastando lo señalado por otras fuentes con la información que él manejaba, Aleixandre responde a la petición de Aub en los siguientes términos:

A Miguel el fin de la guerra lo cogió en Madrid, y recién acabada volvió a Cox (prov. de Alicante), donde estaban su mujer y el niño. Este viaje lo hizo andando y en algún coche que encontraba en el camino. Con su mujer desde allí fue alguna vez a Orihuela y una vez o dos él solo. Por mediación de su hermano le hicieron un salvoconducto en Orihuela para marcharse; lo hizo así y fue detenido, por indocumentado, en Rosal de la Frontera. Esto fue el 6 de mayo. Lo trasladaron a Madrid, a la cárcel de Torrijos 65. En aquel viaje desde Orihuela fue cuando estuvo en Sevilla e intentó llegar a Portugal. Llegando con mucha dificultad a pie y “pasando ríos a nado”, hasta setenta kilómetros de la frontera. Vivió refugiado en una casa con una madre e hijo, y la madre dice Miguel que le decía: “Cuidadiño, Cuidadiño”. Y con el hijo fue vendiendo la ropa que llevaba porque se le terminó el dinero, y es cuando lo detuvieron. De esa detención fue soltado en septiembre y volvió a Cox, y al día siguiente fue a Orihuela. Cuando otro día volvió a este pueblo fue la detención, esta vez definitiva. Era el 29 de septiembre del mismo año.

Estos datos me los comunica su mujer, claro está que si utilizas alguno en tu novela no has de decir de ningún modo que yo te los transmito ni que proceden de ella. (FMA caja 1, 14, 53. 7 de octubre de 1965)

A pesar de que en su contestación Aub se limitó a agradecerle los datos –que usaría en su novela<sup>22</sup>–, y a asegurar que no revelaría el origen de su procedencia, en sus diarios manifestó su tristeza por la actitud de Aleixandre negándose



a que su nombre pudiera relacionarse de forma pública con el de Miguel Hernández:

Me escribe Vicente Aleixandre, dándome algunas noticias acerca de Miguel Hernández que le había pedido. “Si aprovechas estos datos –viene a decirme–, ¡por Dios, no vayas a decir que te los he dado yo!”. Son noticias totalmente anodinas. (¿Dónde estuvo Miguel a fines de marzo de 1939?) He estado todo el día bajo la mortal impresión de tristeza. Veintiséis años después tiembla de miedo Vicente porque pueden enterarse de que se interesa por la suerte del que fue uno de sus mejores amigos. Terrible desconsuelo: por él, por España, por Miguel. (Aub 1998, 363)

\*

El permanente contacto entre Max Aub y Vicente Aleixandre entre 1958 y 1971 pone de manifiesto que la barrera de silencio que la dictadura estableció para oponerse al exilio, y a la cultura republicana que simbolizaba, sólo fue efectiva a un nivel público. En la esfera privada, el contacto jamás llegó a cortarse. No obstante, como ha detectado José Ángel Sáinz (138), la comunicación epistolar que Aub mantuvo desde el exilio con amigos, escritores y estudiantes residentes en España terminó desembocando en cierto sentimiento de frustración, pues, “pese a la relación epistolar con un minoritario público, la necesidad interpersonal queda atascada por la falta de alcance de su obra a un público mayoritario”. De este modo, las cartas terminan por convertirse en un mero consuelo que no mitigaba el dolor de Aub sentirse ignorado por su país.

La correspondencia también permite rebatir, al menos parcialmente, las tesis acerca de la falta de conocimiento entre los autores del interior y los del exterior de la literatura que se estaba haciendo a uno y otro lado de la frontera. La frecuencia con la que Aub se intercambiaba misivas con Aleixandre, y con otros representantes de la literatura desarrollada en España durante la dictadura –tanto con miembros de su misma generación como con nuevos autores–, así como la puntualidad con la que les enviaba sus libros y sus originales revistas unipersonales –*Sala de Espera* y *El Correo de Euclides*–<sup>23</sup> y recibía en su domicilio mexicano los de sus interlocutores demuestra hasta qué punto estaba al tanto de lo que acontecía en un territorio al que le fue vetada la entrada durante treinta años. El autor, de hecho, demostró su conocimiento de la literatura española en textos ensayísticos como *Poesía española contemporánea*



*nea*, en diversas anotaciones de sus diarios,<sup>24</sup> o en algunas de sus colaboraciones periodísticas de crítica literaria.

De ahí que no se pueda interpretar el epistolario como una mera forma de Aub de mantener el contacto con aquellos de quienes estaba alejado, o como un ejemplo de la prolífica escritura de cartas que caracterizó a Aleixandre. Lejos de suponer un simple y amistoso intercambio postal entre dos escritores de la misma generación, las cartas intentaron crear una red de comunicación entre los exiliados y los autores del interior que minimizase los daños que la lógica ruptura provocada por la guerra civil y la posterior dictadura había causado. Desde esa óptica han de entenderse también el envío recíproco de los libros que cada uno iba publicando –obviando así la prohibición que cayó sobre las obras de Aub hasta la década de 1960, cuando algunas pudieron ser editadas en el interior de España, casi siempre con modificaciones o supresiones ordenadas por la censura– o las colaboraciones en proyectos comunes como *Los Sesenta*. De algún modo, podría decirse que lo que se intenta con el epistolario es volver, a través de la esfera privada y de la comunicación personal, al espacio de libertad, discusión pública, convivencia y confraternización de la España prebélica de las décadas de 1920 y 1930, y devolver a la cultura española el carácter unitario que había mantenido hasta la fragmentación que impusieron la guerra y sus consecuencias.

Semejante intención cohesionadora entre la literatura del exilio y la del interior quedó manifestada en la predisposición que mostró Aub a la proposición de trabajar junto a escritores del interior a favor de la candidatura de Vicente Aleixandre para el Premio Nobel de la Literatura. Aunque el poeta no recibiría el galardón hasta 1977, la primera mención al asunto detectada en el epistolario entre Max Aub y Dámaso Alonso –responsable de la iniciativa– data de 1966. La respuesta de Aub combinó su predisposición a ayudar –“estoy totalmente de acuerdo con lo de Vicente, aunque no va a ser nada fácil. Puedo mover, sin ninguna dificultad, a los jóvenes de la Academia [Mexicana de la Lengua]” (FMA caja 1, 16, 15a)– con las dudas sobre el éxito del proyecto que la escasa proyección internacional de la obra y la figura de Aleixandre le generaba –“¿Qué pensará Jorge [Guillén]? Porque, naturalmente, sería mucho más fácil hacer una campaña en su favor” (FMA caja 1, 16, 15a)–. Además de adherirse a la iniciativa, Aub propuso a Dámaso Alonso que entrase en contacto con otros exiliados como Bernardo Giner de los Ríos, residente en Chile en aquel momento, para que el proyecto fuera lo más integrador posible. La intención de agrupar a intelectuales del interior y del exterior eviden-

cia el deseo de Aub –y de otros muchos representantes de la cultura española que hubieron de sufrir, dentro o fuera del país, el tajo que la guerra y la dictadura dieron a su desarrollo– de aunar esfuerzos y de, por encima de divisiones ideológicas, establecer un puente entre los países de acogida y España que pudiese menoscabar el impacto de la división geográfica, de la dispersión y de la ruptura que llevó consigo el exilio.

La correspondencia entre Max Aub y Vicente Aleixandre no solo se ha de identificar con la voluntad de intentar recuperar, a través de la palabra escrita y de la comunicación personal, lo perdido con la guerra y la dictadura. Hay también en las cartas, sobre todo en las de Aub, un deseo de evitar que el manto de olvido y silencio al que los exiliados fueron condenados por el franquismo borrara sus figuras y sus obras de la sociedad española. De hecho, su intensísima escritura epistolar, análoga a la extraordinaria y sorprendente fecundidad de su actividad literaria, ha llegado a ser interpretada como una “reacción particular al trauma del exilio, una respuesta a los conflictos y a las obligaciones que el destierro conlleva para el escritor, sobre todo con respecto a la lealtad y la memoria” (Faber 11). Sus misivas y su intención de estar al tanto del devenir de la literatura del interior entroncan, en consecuencia, con su siempre presente voluntad de “hacer memoria” y dar al colectivo del que formaba parte la voz que la dictadura le quitó para poder cohesionarlo con los autores que permanecían en el país. Según Aznar Soler (2004, 357), de hecho, “la defensa apasionada de la memoria histórica contra el olvido constituye la columna vertebral de su escritura”.

Escribir –fueran cartas, diarios o literatura– era para Max Aub una forma de reivindicarse, alzar su voz frente al franquismo. La alegría con la que recibía las cartas, repletas de sus alusiones a amigos comunes que continuaban en España o de apreciaciones sobre su obra, demuestra la importancia que para el autor tenía obtener información y saberse presente en el interior del país, aunque fuera –como era– de forma minoritaria, puesto que, tal y como le confesó a Aleixandre en la primera carta que le envió, pasó todo el exilio “siempre allí [...], pensando en vosotros” (FMA caja 1, 14, 2. 26 de febrero de 1958).

## Notas

1. El escritor pudo ir conservando su actividad epistolar gracias a la colaboración de sus secretarías Alicia Pardo y Miriam Káiser, así como a la de

- su mujer, Perpetua Barjau. Las tres –fundamentalmente Pardo, su más estrecha colaboradora– se encargaban de mecanografiar las cartas que Aub les dictaba, teniendo siempre la precaución de copiarlas utilizando papel de calco para su almacenamiento.
2. Para la realización de este trabajo en el año 2013 se consultaron los fondos documentales de la Fundación. No obstante, dos años más tarde el epistolario entre Aub y Aleixandre fue publicado en una edición de Xelo Candel Vila con prólogo de Gabrielle Morelli.
  3. Los dos autores fueron prolíficos escritores de cartas, lo que ha provocado que su legado haya sido objeto de diversos estudios. Del de Aub se han hecho diversas ediciones, referidas tanto a correspondencias particulares – como las que mantuvo con Francisco Ayala, Jorge Guillén, Alfonso Reyes, Ignacio Soldevila Durante o Manuel Tuñón de Lara– como a aproximaciones globales a su epistolario, como la realizada por González Sanchís. Existen, además, trabajos específicos sobre el contacto postal de Aub con los escritores que permanecían en el interior del país como el de Sánchez Zapatero. Mientras, los epistolarios de Aleixandre –de difícil manejo, por cuanto están desperdigados en los archivos particulares de sus interlocutores– han sido estudiados, entre otros, por Duque Amusco, Molina Foix, Cano y Emiliozzi. Sin embargo, a pesar de su importancia –cualitativa y cuantitativa–, los únicos trabajos que hasta ahora han analizado de forma específica el epistolario Aub-Aleixandre se deben a Candel, una de cuyas líneas de investigación gira en torno a la relación de Aub con los autores del 27. El interés de sus estudios se ha centrado, fundamentalmente, en la evolución estética de Aub y Aleixandre –que confluyeron con el paso del tiempo “en un cauce estético paralelo” (Candel 239)–, y, en consecuencia, en el modo en el que en las cartas se recogen sus reflexiones sobre la creación literaria y las valoraciones que cada uno hacía de las obras del otro.
  4. Para referirse a los documentos del epistolario se ha utilizado un modelo de citación basado en el mismo sistema numérico empleado para archivarlos. De este modo, las siglas FMA informan de que el documento en cuestión forma parte de los fondos custodiados por la Fundación Max Aub, mientras que la serie numérica que les acompaña sirve para localizar su exacta ubicación. Así, por ejemplo, la referencia “FMA caja 3, 2, 4” remite al legajo catalogado como número 4 dentro de la carpeta 2 de la caja 3 del archivo. Después de cada referencia se ha consignado la fecha del documento epistolar, siempre que no se haya explicitado en el texto.

5. Aquí y en lo sucesivo, subrayado en el original.
6. Sólo en las primeras cartas Aub y Aleixandre se tratan de usted. A medida que la relación postal avanza, su complicidad y confianza también lo hace, con lo que pronto se tutean.
7. En su reencuentro con el país, el autor descubrió con dolor que su figura sólo era reconocida por “algunos desdentados, arrugados o calvos” (Aub 2003, 397) y que, en general, la sociedad española ignoraba el legado de autores republicanos como él, ya que estaba “construida en la mierda de la mentira y en el crimen”, dominada por la “mediocridad intelectual” y caracterizada por “la habilidad del régimen para dejar en Babia a casi la totalidad del país” (Aub 2003, 433, 201 y 315). Para profundizar en el impacto del viaje en Aub, y en el modo del que dio cuenta de él en *La gallina ciega*, véase el completísimo estudio introductorio de Aznar Soler (2003) que acompaña la última edición de la obra.
8. En la entrada del 14 de marzo de 1960 de sus diarios, Aub (1998, 312) relató indignado el velo de silencio con el que se trató la muerte de Altolaguirre en España: “Al entierro de Manolo sólo fue la familia (no dejaron entrar el cadáver en Madrid) y Dámaso. La noticia no se dio en los periódicos. En Málaga (¡en su Málaga!) una escuela anunciando unas misas”.
9. “León está muy malo, le van a operar esta semana. Ojalá salga con bien” (FMA caja 1, 14, 36); “No pudieron operar a León porque sufrió un infarto y tienen que esperar a que se reponga” (FMA caja 1, 14, 38).
10. “Anteayer enterramos a Domenchina. Eras uno de los grandes temas de nuestras conversaciones. Si hay otro mundo allí estará hablando de Juan Ramón, de Salinas, de Guillén, de ti. Era un hombre hecho de papel, de papel pautado para la poesía. Nunca le interesó otra cosa, por eso no fue triste su velorio” (FMA caja 1, 14, 20).
11. También hay referencias a la muerte de Emilio Prados en el epistolario entre Vicente Aleixandre y Jorge Guillén, tal y como puede observarse en una carta fechada el 27 de noviembre de 1962 en la que el autor de *Sombras del paraíso* define al poeta fallecido como “el más antiguo amigo de vida: desde que teníamos seis o siete años” (Aleixandre 283).
12. Palabras análogas a las utilizadas en la carta vertió Aub (1998, 333) en sus diarios al referirse a la muerte de Prados el 24 de abril de 1962: “Hay muertos que no se parecen al que fueron, vivo. Emilio, de esos. Era todo risa, sonrisa, expresión sonriente, arrugas hechas y deshechas. Muerto parece de cera, era lo contrario. Casi día a día, años después de Moreno

- Villa [murió el 25 de abril de 1955]. Ya no queda nadie de *Litoral*. Los tres sonrientes malagueños: Manolo, Emilio y Pepe. Hasta nunca”.
13. La entrada sobre la muerte de Salazar Chapela está fechada el 23 de febrero de 1965, mientras que la referida a Masip es del 22 de septiembre de 1963.
  14. La reseña no era más que una adaptación de la carta que Aleixandre envió a Aub comentándole su valoración de la obra. Como ha señalado Candel (244), después de leerla, “Aub quiso publicar tan excelso elogio [...] y debió de pedirle permiso para hacerlo puesto que se trataba de una carta personal y no una crítica literaria”. Así, una vez recibida la autorización –y hechas las pertinentes modificaciones por Aleixandre–, el texto se incluyó tanto en el periódico mexicano como en la revista española.
  15. Sobre *Los Sesenta*, veáanse los trabajos de Candel (218-24), Caudet y Mengual Catalá.
  16. El hecho de incluir también entre los colaboradores de *Los Sesenta* a autores mexicanos como Pellicer, Torri o Villaurrutia no hacía sino demostrar la integración en los ambientes culturales y las buenas relaciones que, en general, mantuvo Aub con los artistas del país que le acogió.
  17. Estas palabras de Aleixandre, así como su aceptación a participar en el proyecto, no fueron incluidas en la carta inmediatamente posterior a la enviada el 3 de agosto desde México, sino en una escrita algunas semanas más tarde, lo que provocó la inquietud de Aub: “Nada me dices de la revista. Para vuestra tranquilidad, si es que la necesitáis, te aseguraré no es más que una publicación estrictamente literaria y personal. Por favor, contéstame enseguida si estáis de acuerdo” (FMA caja 1, 14, 36. 23 de septiembre de 1963).
  18. Aleixandre (287) informó a Guillén del proyecto en octubre de 1963 en los siguientes términos: “Si sabe tus señas actuales, te habrá escrito Max Aub para que nos animemos [...] a ser editores –en México– de una revista literaria ‘para mayores de 60 años’ (Podrán leerla los jóvenes, pero la redactarían solo los de sesenta para arriba). Idea digna del diabólico Max. Yo le he dicho que sí, y Dámaso lo mismo. El inventor del proyecto se encargaría allá de la faena”.
  19. En la entrada del 22 de septiembre de 1963 de sus diarios relató el incidente: “Carta de Bergamín, negándose a colaborar en la posible revista. No quiere estar junto a sus ‘ex-amigos’ Dámaso y Vicente, a quienes acusa de contubernio y cobardía. ‘Si estuvieses aquí... Es posible, pero estoy aquí’” (1998, 343).

20. Se refiere a “En la ciudad” (Max Aub), incluido, como ya ha sido mencionado, en *En un vasto dominio*.
21. La misma consulta hizo a Antonio Buero Vallejo. La carta de contestación del dramaturgo es muy extensa e incluye numerosos detalles sobre el paradero de Hernández durante esos días, obtenidos fundamentalmente del cotejo de libros y testimonios sobre la cuestión –aunque fueron compañeros de presidio, el dramaturgo afirma no recordar “haber hablado con Miguel de sus andanzas por esas fechas” (FMA caja 2, 14, 17a)–.
22. En *Campo de los Almendros*, Miguel Hernández aparece como personaje y mantiene una breve conversación con Asunción Meliá en la que le manifiesta su deseo de ir a Cox a reunirse con su mujer y con su hijo (Aub 2000, 347). Tal y como ha estudiado Javier Lluch (311), esta no es la única vez que el poeta es mencionado en el ciclo de “El laberinto mágico”, pues también se refieren a él personajes de *Campo abierto* y de *Campo del Moro*.
23. Más que una revista, *El Correo de Euclides* era una ingeniosa felicitación anual que Aub solía enviar a sus amigos y conocidos
24. En 1954, por ejemplo, reflexionaba sobre la narrativa española de posguerra: “La novela –estos últimos veinte años– ha sido reportaje, historia contemporanéísima. Ahora bien, en España –la península–, ¿quién podría publicar algo de ese género, así fuese un tanto a la verdad? Nadie. No por casualidad la mejor novela de ese tiempo se titula *Nada* (La mejor, digamos la única, con su relente barojiano. Todos somos hijos de Baroja)” (Aub 1998, 252).

#### Obras citadas

- Aleixandre, Vicente. *Correspondencia a la Generación del 27 (1928-1984)*. Ed. Irma Emiliozzi. Madrid: Castalia, 2001.
- Aub, Max. *Diarios (1939-1972)*. Ed. Manuel Aznar Soler. Barcelona: Alba, 1998.
- Aub, Max. *Campo de los almendros*. Ed. Francisco Caudet. Madrid: Castalia, 2000.
- Aub, Max. *La gallina ciega: diario español*. Ed. Manuel Aznar Soler. Barcelona: Alba, 2003.
- Aub, Max, y Vicente Aleixandre. *Epistolario entre Max Aub y Vicente Aleixandre*.

- Ed. Xelo Candel Vilas. Prólogo de Gabriele Morelli. Sevilla: Renacimiento, 2015.
- Aub, Max, y Vicente Aleixandre. *Epistolario*. Segorbe: Fundación Max Aub, Caja 1, carpeta 14: textos inéditos.
- Aub, Max, y Dámaso Alonso. *Epistolario*. Segorbe: Fundación Max Aub, Caja 1, carpeta 16: textos inéditos.
- Aub, Max, y Antonio Buero Vallejo. *Epistolario*. Segorbe: Fundación Max Aub, Caja 2, carpeta 14: textos inéditos.
- Aub, Max, y José Bergamín. *Epistolario*. Segorbe: Fundación Max Aub, Caja 2, carpeta 23: textos inéditos.
- Aub, Max, y Carlos Bousoño. *Epistolario*. Segorbe: Fundación Max Aub, Caja 3, carpeta 1: textos inéditos.
- Aub, Max, y Antonio Espina. *Epistolario*. Segorbe: Fundación Max Aub, Caja 4, carpeta 38: textos inéditos.
- Aznar Soler, Manuel. “Los diarios de Max Aub”. *Diarios (1939-1972)*. Max Aub. Barcelona: Alba, 1998. 9-36.
- Aznar Soler, Manuel. “Max Aub en el laberinto español de 1969”. Max Aub. *La gallina ciega*. Barcelona: Alba, 2003. 7-90.
- Aznar Soler, Manuel. *Los laberintos del exilio: diecisiete estudios sobre la obra literaria de Max Aub*. Sevilla: Renacimiento, 2004.
- Candel, Xelo. *De lo vivo a lo pintado: la poética realista de Max Aub en el ámbito de la Modernidad literaria*. Segorbe: Fundación Max Aub, 2008.
- Cano, José Luis, ed. Vicente Aleixandre. *Epistolario*. Madrid: Alianza, 1986.
- Caudet, Francisco. “Max Aub: Sala de Espera y Los Sesenta”. *Actas del Congreso Internacional “Max Aub y El laberinto español”*. Ed Cecilio Alonso. Valencia: Biblioteca Valenciana, 1996. 705-13
- Díez de Revenga, Javier. “La autobiografía del 27: los epistolarios”. *Montea-gudo* 3 (1998): 5-19.
- Duque Amusco, Alejandro. “Fidelidad humana: epistolario de Vicente Aleixandre”. *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas* 482 (1987): 8.
- Emiliozzi, Irma. “Introducción: hacia la recuperación de las memorias dispersas de Vicente Aleixandre”. Vicente Aleixandre. *Correspondencia a la Generación del 27 (1928-1984)*. Ed. Irma Emiliozzi. Madrid: Castalia, 2001. 9-37.
- Faber, Sebastian. “Escribir a chorro suelto: el miedo a borrar y otras obsesiones exílicas”. *Ínsula* 678 (2003): 11-14.
- González Sanchís, Miguel Ángel, ed. Max Aub. *Epistolario del exilio (1940-1972)*. Segorbe: Fundación Max Aub, 1992.

- Lluch, Javier. *Galería de personajes de El laberinto mágico*. Segorbe: Fundación Max Aub, 2010.
- Mengual Catalá, Josep. “Historia de un maduro *Litoral: Los Sesenta*”. *Actas del Congreso Internacional Max Aub y el laberinto español*. Ed. Cecilo Alonso. Valencia: Biblioteca Valenciana, 1996. 715-24.
- Molina Foix, Vicente. “¿Para quién escribía Aleixandre?: seguido de fragmentos de un epistolario inédito”. *Revista de Occidente* 210 (1998): 15-26.
- Sáinz, J. A. “Max Aub: la escritura como refugio de la memoria”. *El Correo de Euclides* 1 (2006): 136-44.
- Salinas, Pedro. *El defensor*. Barcelona: Península, 2002.
- Sánchez Zapatero, Javier. “Un epistolario contra el olvido: Max Aub en contacto con la España del interior”. *Sujeto exílico: epistolarios y diarios. Exilio en primera persona*. Ed. Mercedes Acillona. Bilbao: Universidad de Deusto, 2010. 105-22.